

EL SIGLO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

TOMO II

JAIME BAILÓN CORRES
CARLOS MARTÍNEZ ASSAD
PABLO SERRANO ÁLVAREZ

(COORDINADORES)



Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana
2000

MESA II: APORTACIONES CULTURALES	205
COORDINADORA: ROSA CASANOVA	
JOHN MRAZ. EL ARCHIVO CASASOLA: HISTORIA DE UN MITO	207
JULIA TUÑÓN. LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN EL CINE DE EMILIO FERNÁNDEZ: ¿VUELTA DE TUERCA O SIMPLE TROPEZÓN?	215
ÁLVARO VÁZQUEZ MANTECÓN. LA REVOLUCIÓN FILMADA. LA PRESENCIA DE LA REVOLUCIÓN EN EL CINE MEXICANO (1933-1958)	225
ALICIA AZUELA. MÉXICO ARTÍSTICO Y REVOLUCIONARIO. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IMAGEN	237
CAPÍTULO VII. LAS RELACIONES INTERNACIONALES	243
COORDINADORES: ROBERTA LAJOUS VARGAS Y LIBORIO VILLALOBOS CALDERÓN	
PRESENTACIÓN DE ROBERTA LAJOUS VARGAS	245
LORENZO MEYER COSSÍO. LA RELACIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA CON EUROPA. UN NACIONALISMO MUY FUERTE CONTRA UNA VISIÓN MUY ESTRECHA	249
JAVIER GARCADIEGO. LOS EXILIADOS POR LA REVOLUCIÓN MEXICANA	255
COMENTARIOS DE CARLOS TELLO DÍAZ	269
COMENTARIOS DE LAURA O'DOHERTY	273
RAÚL BENÍTEZ MANAUT. LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y LA SEGURIDAD INTERNACIONAL	277
SERGIO GONZÁLEZ GÁLVEZ. LOS PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR MEXICANA QUE INSPIRARON LA REVOLUCIÓN	309
COMENTARIOS DE PATRICIA ESPINOSA C.	317
COMENTARIOS DE CASIO LUISELLI	321
CAPÍTULO VIII. HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA	325
MESA I: HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA.	327
COORDINADOR: ÁLVARO MATUTE	
ÁLVARO MATUTE. HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA. VISIONES DE SU CINCUENTENARIO	329
ADOLFO GILLY. LA REVOLUCIÓN MEXICANA: CICLOS E INFLUENCIAS	335
JOHN M. HART. NUEVAS MEMORIAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA	343
DOUGLAS W. RICHMOND. CARRANZA ANTE LA HISTORIOGRAFÍA Y LA HISTORIA	351
MARCO ANTONIO VELÁZQUEZ. LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y SU ENUNCIACIÓN HISTORIOGRÁFICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX	361
CARMEN RAMOS ESCANDÓN. MIRANDO DE NUEVO A LA DAMA: UNA DÉCADA DE VISIONES NORTEAMERICANAS SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, 1990-2000	369
COMENTARIOS DE OTTO FERNÁNDEZ REYES	391
MESA II: HISTORIA REGIONAL	401
COORDINADOR: PABLO SERRANO ÁLVAREZ	
PRESENTACIÓN DE PABLO SERRANO ÁLVAREZ	403
MARK WASSERMAN. LA REVOLUCIÓN EN LAS PROVINCIAS: LA BATALLA POR EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA	407
CARLOS MARTÍNEZ ASSAD. DESDE LA HISTORIA REGIONAL	419
RAYMOND BUVE. TLAXCALA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA: LA PERSPECTIVA DESDE EL SIGLO XIX	431
FRANCIE CHASSEN. UNA LECTURA INSURGENTE: OAXACA EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL PORFIRIATO Y LA REVOLUCIÓN	445
COMENTARIOS DE JOSÉ FRANCISCO RUIZ CERVANTES	461

LA RELACIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA CON EUROPA. UN NACIONALISMO MUY FUERTE CONTRA UNA VISIÓN MUY ESTRECHA

LORENZO MEYER COSSÍO*

Voy a partir de algo obvio pero que, pese a ello, vale la pena subrayar: la visión que tenemos de nuestro pasado está siempre coloreando o incluso subordinada por el presente. Hoy, los temas, interpretaciones y perspectivas ya son diferentes de lo que fueron cuando el fenómeno era algo vivo y el régimen surgido de la Revolución Mexicana no parecía tener fin. Dentro de diez, veinte o cien años, al volver a examinar e interpretar a la Revolución Mexicana, se tendrá también una visión distinta del fenómeno.

En el año 2000, la Revolución Mexicana es ya un hecho histórico, ya no afecta la vida cotidiana de la colectividad, perdió vigencia: está muerta. En realidad, la discusión misma de la muerte de la Revolución Mexicana es vieja; data, por lo menos —según los artículos de Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas en *Cuadernos Americanos*— de 1940. El universo mexicano actual tiene muy poco que ver con aquél que dio origen a la Revolución y con el que existía cuando se desarrolló su proyecto. Lo que la Revolución pudo hacer realidad ya lo hizo y lo que aún no ha hecho, lo que quedó pendiente, ya no podrá ser una tarea para las fuerzas de esa revolución porque ya no tiene ninguna; otra parte del proyecto será llevado a cabo por actores que nada tienen que ver con la Revolución Mexicana y su ideología.

Uno de los puntos centrales del movimiento de transformación que estalló a finales de 1910 en México fue el nacionalismo. Hoy ese tipo de nacionalismo, al que se le califica de revolucionario, ya no opera. Es más, hoy su recuerdo se ha convertido en un problema para la clase dirigente, pues aún se considera obligada a mantener algunos de sus elementos en el discurso pero en la realidad tiene que ir en su contra y negarlos; esa negativa es una necesidad del modelo económico elegido desde mediados de los años ochenta.

Como punto de partida es necesario insistir que en materia de política internacional, ya en la política exterior mexicana anterior a la Revolución había

* Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.

un fuerte elemento nacionalista. Es evidente que el nacionalismo revolucionario resultó distinto del porfirista, pero tuvo a aquél como antecedente necesario, como el cimiento sobre el cual se construyó.

Desde hace tiempo dejó de ser útil insistir en calificar al porfirista como un régimen con una clase política alejada del nacionalismo y entregado a servir por entero e incondicionalmente a los intereses externos. Lo que sí es verdad, es que el porfirista es un nacionalismo oligárquico, que necesita de la presencia extranjera, de su capital, tecnología y de su arropamiento político para llevar adelante su proyecto de modernización material del país, y por ello necesitó tener una buena y funcional relación con el exterior, pero eso no le quita una parte sustantiva de nacionalismo, si bien su estilo es mucho menos agresivo y directo que el que caracterizaría al inmediatamente posterior, al de la Revolución.

El nacionalismo oligárquico del Porfiriato fue real, y su objetivo consistió en aprovechar y amoldar muy bien las fuerzas internacionales que mantenían a Inglaterra en el centro del sistema internacional. Y aunque para el inicio de 1900 la Inglaterra victoriana estaba en declive como la primera de las grandes potencias, siguió siendo el eje alrededor del cual se construía y armonizaba el sistema internacional. El gobierno de don Porfirio hizo mucho por aprovechar esa circunstancia para intentar neutralizar la creciente presencia norteamericana con la promoción de los intereses ingleses en particular y europeos en general. En el gobierno de Díaz es posible ver un proyecto político de abrir a México al capital externo dentro del esquema vigente del liberalismo económico intentando mantener un balance del poder interno del factor externo abriendo o cerrando las empresas para que fluyera más o menos influencia de ciertos países dentro del sistema económico mexicano y con ese balance auxiliarse para sostener la soberanía relativa que le era permitida a un país tan periférico como era México.

En 1910, la principal inversión externa en México era la norteamericana. Estados Unidos no era aún una economía exportadora neta de capital, pero ya era una gran exportadora de capital hacia México, El Caribe, Centro América y Canadá. Los círculos de poder norteamericanos tenían un "proyecto mexicano". La vecindad geográfica, la necesidad de controlar para propósitos de seguridad subcontinente norteamericano, llevó a Estados Unidos a poner particular énfasis en su inversión en las áreas más prometedoras de la economía mexicana como en aumentar su influencia política en su vecino del sur. La decisión del gobierno de don Porfirio no fue oponerse a este proceso natural y casi inevitable, pero sí trató de darle el mayor espacio posible a los europeos.

Inglaterra fue el país europeo que aún tenía las mayores posibilidades. Sin embargo, ahí estaban los franceses, que tenía intereses importantes en la actividad que iba a crear la revolución industrial mexicana: la textil. Los alemanes

tenían una importancia relativa menor, pero estaban en la industria química o la producción de café. Los españoles eran la colonia extranjera más numerosa, aunque su inversión no tuvo su origen en España, sino que fue resultado de una acumulación hecha desde México mismo.

Numéricamente los ingleses eran pocos, su colonia no llegaba a las cinco mil almas en los inicios del siglo XX. En realidad los extranjeros en México no tenían ninguna importancia numérica. El total de súbditos extranjeros que residían en México representaba tan sólo un poco más del 1%, o sea que, en términos cuantitativos, no había extranjeros. El turismo era insignificante y para todo propósito práctico no había inmigración. Por ejemplo, México era lo opuesto a Argentina, que se había formado como un país abierto a la presencia externa. Pero cuando pasamos al análisis cualitativo, resulta que si los nacidos fuera de nuestras fronteras eran pocos, esos pocos eran muy significativos. Los ingleses, como el resto de los extranjeros, vivían la vida muy cerrada propia de una colonia; algunos ni siquiera hablaban español.

Al inicio del siglo XX, Inglaterra tenía un imperio formal cuyo centro era la India y sus intereses principales se encontraban en Asia, África y Australia. En América, lo más importante para Londres eran Canadá y el Caribe. México y buena parte de la América del sur formaban un segundo círculo, un imperio informal, donde los británicos no tenían ninguna responsabilidad política pero sí influencia económica. Eran ellos los que tendieron y administraron los ferrocarriles, controlaban parte de la minería, la generación de energía eléctrica, el petróleo y los grandes contratos de la obra pública. Curiosamente, en México los británicos no lograron un papel dominante en la actividad financiera: en contraste aquéllos que tenían una posición general secundaria, como eran los españoles, tenían una presencia notable en la banca.

En México, como en toda América, los ingleses estaban en competencia con los norteamericanos, ambos lo sabían y se vigilaban. El Canal de Panamá era una de las preocupaciones británicas, pues los norteamericanos lo podían usar para discriminar a favor de los buques con su bandera y dominar definitivamente la ruta trasatlántica. Para el momento en que estalló la Revolución Mexicana, la estrella norteamericana iba en claro ascenso y la británica en descenso, aunque la "Pérfida Albión" se resistía a admitirlo. En los documentos que sobre México se guardan en los archivos de la Foreign Office que están en Kew Gardens, se comprueba con claridad que el espíritu combativo de los ingleses frente a los norteamericanos era superior a las armas con que contaban. Tenía la Foreign Office el sano deseo de poner todas las barreras que, sin llegar a la imprudencia —al choque directo—, pudieran colocar en el camino de los proyectos norteamericanos en México y en cualquier otra parte sobre todo en el Cono Sur de América.

El estallido de la Revolución Mexicana tomó por sorpresa a casi todos los

observadores europeos, en particular a los profesionales, es decir, a los diplomáticos. Los ingleses tenían como principal figura económica y política en México a Weetman Pearson —que terminaría por ser conocido como lord Cowdray y cuyos descendientes controlan hoy, entre otras cosas, a los famosos Penguin Books—, Pearson hizo su fortuna inicial en Inglaterra, de ahí pasó a Estados Unidos y a otras partes del Imperio Británico y llegó a México como constructor cuando los grandes contratos de la obra gubernamental estaban en la mesa. Los contratistas ingleses trajeron tecnología pero muy poco capital; como los españoles, el capital lo hicieron prácticamente aquí, de los pagos que les dio el propio gobierno, como fue el caso con los ferrocarriles, en particular el Ferrocarril Mexicano, su gran obra de ingeniería en nuestro país.

Lord Cowdray, cuando era aún sir Weetman Pearson, salió de México justo cuando estalló el movimiento maderista. Le dio tan poca importancia al llamado de Madero contra Díaz, que ni siquiera consideró la posibilidad de posponer sus acostumbradas vacaciones de Navidad en Inglaterra. Las cosas cambiaron tan rápidamente que Pearson nunca volvería a pisar México, pues la Revolución y su nacionalismo se lo impidieron, tuvo que vigilar sus intereses desde lejos y mediante representantes. El gran contratista inglés no estaba preparado para enfrentar el caótico desarrollo mexicano, como ninguno de los empresarios extranjeros... y muy pocos de los mexicanos. Al final decidió vender sus intereses en México y buscar oportunidades nuevas en sitios menos impredecibles y menos tocados por el nacionalismo.

En la primera etapa de la Revolución Mexicana, los intereses británicos y europeos decidieron actuar más o menos como lo hubieran hecho en cualquier otra parte del imperio informal: apoyando a la contrarrevolución. Washington, tras un respaldo inicial al general Victoriano Huerta, experimentó un cambio de administración —Howard Taft, republicano, fue desplazado por Woodrow Wilson, demócrata— y una de las consecuencias de ese cambio fue que el gobierno de Estados Unidos decidió retirar su reconocimiento al general golpista, exigirle que llamara a elecciones y el retorno a la legalidad rota con el golpe militar y el asesinato del presidente y el vicepresidente.

El choque entre Estados Unidos e Inglaterra fue corto, duro y claro. En 1914 los enviados británicos así como los de España, Alemania, Francia y otros representantes europeos, intentan apoyar a Huerta. Pero entonces estalla la primera Guerra Mundial, un fenómeno de magnitud inimaginada, que acelera la franca decadencia del imperio británico y de todos los europeos. En esas circunstancias, los norteamericanos tienen la posibilidad de imponer sus intereses y prioridades en Latinoamérica, pues Inglaterra necesita de su apoyo en Europa. Diferencias como las que tenían los ingleses en México respecto de la política norteamericana, quedaron rápidamente subordinadas a partir de agosto de ese año a intereses infinitamente más importantes.

Desde finales de 1914 hasta mediados de los años veinte, Inglaterra posee una gran inversión en México pero sin ninguna influencia política; disminuye al mínimo al personal de su legación hasta llegar al punto ridículo de que su encargado de archivo es el máximo representante de Su Majestad ante el gobierno de la Revolución. El señor Herbert Cummins, que no tiene nada de preparación intelectual para interpretar lo que está pasando en México pero que, como muchos otros residentes extranjeros, tenía un profundo desprecio por la naturaleza del nuevo régimen, y es quien enviaba la información y primera interpretación de lo que sucede en el lejano México para que la Foreign Office tomara decisiones políticas. Es francamente sorprendente la baja calidad de la información política, económica y social que tienen los responsables ingleses sobre el entorno donde aún tienen inversiones ferrocarrileras, mineras y petroleras. Gran Bretaña había retirado a su personal de carrera de la legación como muestra de su desaprobación por la naturaleza de la política nacionalista mexicana.

Lo que sucedió en la relación de Inglaterra con el México revolucionario —la disminución de la cantidad y calidad de su presencia en lo que había sido una zona de influencia— también sucedió con otros países: Alemania, España y Francia. En efecto, los alemanes no sólo perdieron la guerra sino sus posiciones en la zona de influencia norteamericana. En el caso de México, como de muchos otros lugares, las faraosas listas negras que usaron los ingleses, franceses y norteamericanos contra las empresas de capital alemán que estaban en países como México, afectaron a los importadores y exportadores de productos alemanes y muchas casas comerciales de esa nacionalidad se vinieron abajo como resultado del castigo, que se prolongó más allá del final de la guerra. Los ganadores no corrieron con mejor suerte, los franceses debieron disminuir sus exportaciones de capital y los españoles se quedaron sin el apoyo —que nunca fue mucho— de sus colegas europeos e hicieron frente a los efectos negativos del nacionalismo revolucionario. A partir de los años veinte, el dominio norteamericano de México y Centroamérica era total. Fue justamente entonces y como respuesta a esta situación que los ingleses deciden cambiar radicalmente su política hacia México. Tras un estudio bien hecho de la situación, decidieron que la mejor respuesta al desafío mexicano era intentar cooptar a una Revolución Mexicana que ya había dejado atrás la etapa violenta e iniciaba la construcción de un nuevo orden. Desde la perspectiva de la Foreign Office, lo mejor era aceptar al nuevo régimen como legítimo, no enfrentar directamente las actitudes nacionalistas del gobierno mexicano y reconocer sus aspectos positivos, en particular su política educativa e indigenista.

Desafortunadamente, en los años veinte los británicos tenían pocos instrumentos para poner en práctica el nuevo enfoque, pero los norteamericanos tomaron lineamientos elaborados por los ingleses y los llevaron a la práctica.

El resultado es el acuerdo informal pero de fondo entre el presidente Plutarco Elías Calles y el embajador norteamericano. Es, en el fondo, un acuerdo entre lo que queda de la Revolución y Estados Unidos: México renuncia a las políticas que afectan los derechos de propiedad de la gran inversión externa y el gobierno mexicano, por su parte, no va a ser hostilizado y sí apoyado por el norteamericano para que mantenga la estabilidad interna que, como país fronterizo, resulta particularmente importante para Estados Unidos que comparte la enorme frontera con México.

De lo anterior se desprende que al disminuir la influencia europea en México, el interés nacional mexicano, que consistía en mantener y ensanchar su independencia relativa frente al gran vecino del norte, perdió un gran instrumento de defensa. Hiciera lo que hiciera el gobierno mexicano, la presencia europea en América Latina iba en declive, pero la mala relación de los intereses europeos con la Revolución Mexicana, aceleró las tendencias y México quedó enteramente en el campo de influencia norteamericano.

Visto a la distancia, el nacionalismo revolucionario mexicano significó un gran esfuerzo y tuvo éxitos innegables, pero al disminuir la presencia europea en momentos en que ya no podía recuperar el terreno que perdiera frente a Estados Unidos, no desempeñó el papel que le asignaron entonces los líderes mexicanos. A la hora en que los revolucionarios atacaron de manera indiscriminada contra todos los imperialismos, el más débil de ellos, el europeo, es el que perdió un terreno imposible de recuperar debido a su creciente debilidad. En contraste, los norteamericanos, no sólo absorbieron todos los golpes de ese nacionalismo sino que con el correr del tiempo dejaron de ocuparse de los espacios económicos originales —plantaciones, ferrocarriles, petróleo y otros similares— y empezaron a ocupar posiciones en la nueva economía mexicana, es decir, en la producción para el mercado interno, que fue la zona más dinámica de la economía mexicana a partir de la II Guerra Mundial.

El empeño nacionalista de la Revolución Mexicana, fue demasiado lejos en su enfrentamiento con los intereses creados de los europeos. Y hoy, con el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea, México está tratando, como al final del siglo XIX, de construir con los capitales y la influencia europea, una barrera que le ayude a neutralizar la enorme influencia norteamericana, especialmente después de la firma del Tratado de Libre Comercio en 1994.

Para concluir propongo una reevaluación de la política exterior de la Revolución Mexicana contrastada con la de Porfirio Díaz. La búsqueda de un equilibrio de las influencias europeas y norteamericanas dentro de México, fue una política atinada de la dictadura que se perdió con la revolución como resultado del empuje nacionalista revolucionario y la incapacidad de los europeos para entender lo que ocurría en México.